

a la cantidad de los cuentos. Finalmente podemos decir que todos los textos que conforman el corpus del libro se encuentran conexados intrínsecamente por elementos claves que deben ser tomados en cuenta para la lectura: tales son la muerte, el sueño, la luz y lo fantástico en *Doce cuentos peregrinos* de Gabriel García Márquez.

Andimara Altuve Gutiérrez

Julio Valderrey.

Libro de vida.

La hoja de la calle. Caracas, 1993, 52 pp.

La ciudad se vuelve metáfora de todas las ciudades, de todas las historias, de todas las culturas y los mundos que han existido en todos los tiempos, y el hombre, su vagabundo, yerra por entre las veredas y callejuelas, malviviendo como lo han hecho todos los hombres en todas las ciudades que son la misma. El hombre, Labrel, y la ciudad es Ciudad Hazet.

«Labrel, no te ganarás el pan,
no habrá amor para ti
en las calles de Ciudad Hazet, ni paz ni sosiego...»
(p. 13)

Esta especie de maldición entronca a Julio Valderrey (*Las Labranzas*, Mérida, 1953) en la más pura estirpe kavafiana. El breve y denso volumen que nos entrega se vuelve dolorosa compilación de las andanzas de este poeta vagabundo y su periplo por una geografía tan incorpórea como maldita.

«...Tuya es la palabra y el vicio,
lo que sobre de la miseria». (p. 13)

«Su vida transcurrió en espacios duros.
Fue expulsado de lugares de disciplina y orden.

Las pocilgas le dieron posada.
Fumó y bebió en los Suburbios del Caribe,
junto a mujeres abandonadas que le
transmitieron su soledad». (p. 42)

Ciudad y hombre se asumen entonces como símbolo de la humanidad toda, la incertidumbre y desolación elevadas a la dimensión universal (sin lugares, sin épocas) cuyo adecuado tono es virtud del excelente poeta.

«Poseído por la lujuria, Labrel entraba cada noche al lugar donde había espectáculos cuyo denominador eran orgías y libaciones realizadas por los dueños de las ciudades (gobernantes y faraones). Así transcurrió la vida de Labrel en Ciudad Hazet durante muchas generaciones...» (p. 20)

Con maestría, Valderrey logra asimismo crear una atmósfera de sordidez que bien se aviene con el desasosiego del hombre derrotado. La decadencia del hombre desesperanzado tiene así su expresión:

«Mendigos, moribundos y locos habitaban aquella
ciudad.
Labrel conocía la vida de cada uno
y contaba sus historia...» (p. 23)

«En las tabernas de Ciudad Hazet era donde mejor se podía apreciar lo que era la vida de sus habitantes: grandes bodegas llenas de odres vacíos y tirados en los rincones. Gobernantes, locos, mendigos y mujeres dormidas sobre las mesas, botellas semivacías en los expendios, extranjeros ojerosos que hablaban de otras maldiciones. Algún poeta que escribió algo sobre su tiempo y que salía dando tumbos, murmurando el poema en el que había dejado la vida». (p. 28)

El poeta como memoria de lo profano, como vate de lo maldito. No parece lejano acá el parentesco con Baudelaire. Sin embargo, más allá de las transtextualidades comunes en toda gran herencia literaria, el poeta

expresa el lado oscuro de la paradoja humana, la miseria y la banalidad tras la grandeza del hombre, gran tema de lo literario, donde todas las semejanzas son lícitas.

«Al caer la tarde, luego de la faena,
los habitantes se reunían en tabernas
para conversar sobre el sueño
de la noche anterior, también sobre el fracaso de sus
vidas...» (p. 34)

De donde el salto a la idea de la inutilidad de la historia como museo del devenir humano no resulta largo:

«En días de vagancia
Labrel caminaba por las calles de Ciudad Hazet
donde se regocijaba viendo objetos inservibles puestos
en vidrieras que fueron consumidas por civilizaciones
anteriores
y que ahora estaban tendidos
como en un museo para contemplación
dando testimonio del vacío y la inutilidad» (p. 31)

Al final, hombre y ciudad se unen en una misma identidad, se absorben mutuamente causa y efecto en lírico estallido de luminosa confesión.

«... —Ciudad, te amo
porque eres como yo,
impura» (p. 14)

«Soy este mar y llevo arena acrecentada en los huesos.
En nombre de lo perdido me dejo tocar por los soles
y cerca de la oscuridad mi voz es espina oculta
que danza en las ciudades». (p.51)

Julio Valderrey había publicado dos poemarios, **Greda** (1982) y **Papeles del ocio** (1986), antes de que **Libro de vida** ganara el Premio Municipal de Poesía del D.F. en 1991. Acá, nos entrega una obra marcada por la madurez a la vez que intensidad del tono, así como la reflexión y

hondura del mensaje, cualidades éstas difíciles de conjugar en un solo poeta, y que le aseguran, sin duda, un puesto en la poesía venezolana contemporánea.

Mariano Nava C.

Rafael Castillo Zapata.

Fenomenología del bolero.

Caracas: Monte Avila Latinoamericana, 1990, 153 p.

El discurso de **Fenomenología del bolero** recoge cinco figuras: «Ese bolero es mío», «Di que me quieres», «Un alma que al mirarme», «Inolvidable», «Sin ti» y «Que seas feliz». Cada una indaga sobre esta macroestructura musical, vinculada a las experiencias. Pinta el amor tal como sucede, acudiendo para ello a la memoria y al recuerdo. Se trata de enunciar con veracidad la experiencia amorosa, pero indudablemente que, ésta siempre anda por lugares que escapan a la realidad, instaurándose la fantasía, la cual encierra un ritual que parte de la alucinada esperanza del enamorado hasta el despecho.

Dos son las bases que levantan y sostienen el texto: **Fragmentos de un discurso amoroso**, de R. Barthes y el bolero, cuyo propósito es descargar su testimonio en cuanto a lo que sucede en el amor organizado a través de las palabras y de las miradas. Estos últimos elementos conforman la investidura del enamorado. En las figuras se desarrolla una serie de instancias bolerísticas que involucran al sujeto que ama, al ser amado y al mundo que sufre y goza de acuerdo a la situación o al «instante» que se vive.

Inicialmente el enamorado se apropia del bolero, identificándose con él; bajo una realidad particular que luego se universaliza. A través de su discurso musical, narra su propia historia, similar a la del otro; ambos se retratan en el espejo de la canción, solidarios internamente tanto en la conquista como en el despecho. Por tanto, en la experiencia amorosa cabalgan los diversos contenidos del bolero, con historias semejantes y cercanas a la realidad del sujeto sujetado al amor».